

El segundo documento es una postdata autógrafa puesta por el mayor general Merweldt á una memoria presentada en aquel mismo día 18 de abril por el teniente feld-mariscal Kospoth y dice: «El general Gorger, en vista de la carta del teniente coronel Mayer, que trajo ayer el correo (1), ha dis-

puesto las cosas de tal manera que si los húsares de Szekler no encuentran el nido vacío, la empresa no puede fracasar. ¡Ah, si este deseo hubiera sido manifestado dos días antes (2)!»

Conforme á esta orden secreta, que en tales palabras se



El conde de Lehrbach.—Copia de un grabado de Augusto Riedel, copia del cuadro original de José Schöps (1745-1822)

descubre, procedióse contra los embajadores franceses en la noche del 28 de abril.

Al propio tiempo que el portador de la carta de Barbaczy, se presentó á las puertas de la ciudad un destacamento de húsares de Szekler mandado por el capitán Burkhard, con orden de no dejar salir ni entrar á persona alguna que perteneciera al Congreso. Según la carta de Barbaczy, los emba-

jadores tenían tiempo para emprender el viaje hasta la tarde del 29. Debrý, sin embargo, quiso que la marcha se emprendiera dentro del plazo que los mismos embajadores acordaron, y en efecto, se emprendió antes de las ocho. Al llegar á la puerta, los húsares les impidieron salir; y esto les entretuvo hasta las diez, hora en que los coches, acompañados con antorchas, salieron de la ciudad por la puerta del Rhin (3).

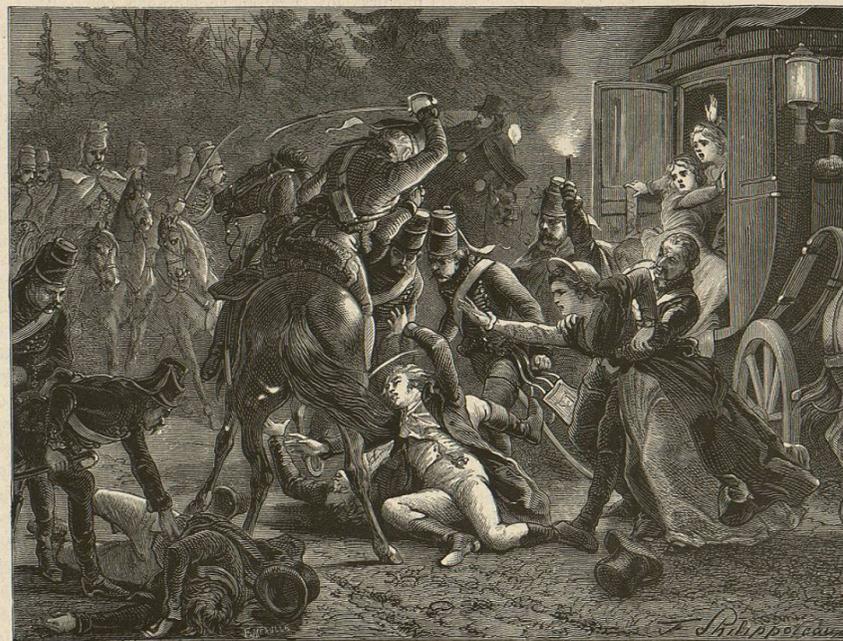
(1) Mayer de Heldenfeld, en el estado mayor del archiduque Carlos.

(2) Sybel: *Documentos relativos al asesinato de los embajadores de Rastadt*, en la *Crónica alemana*, 1876, tomo IX, págs. 62-63.

(3) Para lo que sigue véase la relación de la embajada de Rastadt

Apenas habían avanzado doscientos pasos, sesenta húsares de Szekler, que estaban emboscados en el canal del Murg, corrieron á los coches, les obligaron á detenerse y preguntaron por los ministros franceses. El postillon del primero, al ser preguntado acerca de á quién conducía y dónde estaba Bonnier, contestó que Bonnier iba en el segundo coche y que el suyo conducía á Debry y á su esposa. Inmediatamente fué cercado el coche; Debry sacó por la ventana su pasaporte, que los húsares rompieron, y se vió obligado á bajar del carruaje, y despojado de su reloj y del dinero que llevaba. Al contestar afirmativamente á la pregunta que se le hizo de si era Juan Debry, le acometieron á sablazos y fué á parar rodando á la cuneta del camino, donde le dejaron por muerto.

De igual manera fueron interrogados, sacados del coche y acuchillados Bonnier y Roberjot; los cadáveres y los coches fueron registrados y saqueados. Fuera de estos embajadores no se maltrató á nadie más, antes bien se manifestó á los cocheros y á los criados que no se les haría daño: únicamente el ayuda de cámara de Roberjot sostuvo que le habían robado el reloj y el dinero. La primera noticia de aquellos asesinatos la dió el embajador ligurio Boccardi, que iba en uno de los últimos coches, un cuarto de hora después en el casino de Rastadt, donde estaban reunidos todavía los diplomáticos. Durante la noche, regresaron á Rastadt los carruajes, y á la mañana siguiente se presentó cubierto de sangre Debry, que saliendo de la cuneta á que había ido á parar,



Asesinato de los plenipotenciarios franceses

había huido al bosque y debido su salvación á haberse subido á un árbol. En la tarde del día 29 pudo Debry con su servidumbre y la de sus difuntos compañeros llegar á Plittersdorf, escoltado por los húsares de Baden y los imperiales, los cuales no le abandonaron hasta que se hubo embarcado para pasar el Rhin.

Como resultado seguro y unánime de las investigaciones que en los modernos tiempos han hecho historiadores de distintos partidos sobre este suceso, puede decirse: que se había dado orden á los húsares de Szekler de que detuvieran á los ministros franceses y se apoderaran de sus papeles. Que se hiciera esto último no consta en la relación que Dohm redactó y publicó para los embajadores alemanes.

sobre el asesinato de los embajadores, redactada por Dohm: *Anales de Posselt*, 1799, IV, pág. 88. Compárese con la obra de Reichlin-Meldegg: *Asesinato de los embajadores de Rastadt, tomado de las fuentes y aclarado*, Heidelberg, 1869, pág. 8. Se ha utilizado, además, una memoria inédita del conde Solms-Laubach, de 18 de mayo de 1799, al directorio de la sección evangélica de la orden de los Condes, de Wetteran; en ella se encuentran detalles que no consigna la memoria de Dohm.

¿Por qué? Nos lo dice el conde Solms-Laubach en una carta (18 de mayo de 1799) en la cual se expresa así: «Punto muy difícil de deliberación fué si habíamos de hacer mención ó no del secuestro de los papeles. Yo era de los que querían que este detalle importante fuese consignado en la relación para que el hecho apareciera completo. Una prudencia excesiva y el temor de que los que hicieran mención de los papeles pudiesen parecer sospechosos de estar comprometidos en el asunto, hicieron que se omitiera este hecho (1).» Es indudable que no se había mandado á los húsares que saquearan ni que mataran á los embajadores; pero tampoco se les prohibió una cosa ni otra, pues de lo contrario no se hubieran alabado públicamente de su hazaña, ni hubieran vendido descaradamente su botín ni habrían quedado como quedaron sin castigo alguno.

El delito contra el derecho de gentes se cometió por la simple sorpresa con objeto de apoderarse de los papeles; el

(1) Véase Sybel en la *Crónica alemana*, obra citada, pág. 54. Véase también el artículo del mismo autor en la *Revista histórica*, tomo 39, páginas 46-76, y la: *Historia de la época de la Revolución*, V, página 278.

dejar que la bárbara soldadesca diera rienda suelta á sus pasiones añadió á aquel delito unos impíos asesinatos, viéndose muy pronto que todo aquello se había hecho sin resultado alguno, pues al ser registrados los archivos de la embajada que habían sido secuestrados, no se encontró nada que pudiese echarse en cara á Baviera ni que pudiera disculpar la muerte de los embajadores. Los gritos de venganza que en el Directorio resonaron contra el suceso del 28 de abril fueron sofocados por el estrépito de la guerra universal que ardía en Suiza y en Italia. Al gobierno más despreciado que jamás había tenido la Francia, no le era dado explotar en provecho propio la indignación nacional; y el primer cónsul tuvo después algo más importante que hacer, que pedir un castigo por la sangre de los jacobinos derramada en Rastadt.

El 19 de abril de 1799 comenzó el feld-mariscal Suwaroff su campaña para la conquista de Italia. Contaba entonces setenta años, pero bien podía llamársele joven por su viveza y por su bravura. Cuando el general Chasteler, jefe del estado mayor austriaco, le aconsejó que practicara ante todo un reconocimiento, contestóle: «¡Reconocimientos! No nos hacen falta, pues solo sirven para los cobardes y anuncian al enemigo que se está para llegar. Al enemigo se le encuentra siempre que se quiere. Columnas, bayonetas, armas blancas, ataques, hasta hundir el hierro en el cuerpo enemigo, esos son mis reconocimientos (1).» Entonces como en otro tiempo, cuando la guerra contra los turcos y los polacos, fué su divisa, «golpe de vista, prontitud y energía.»

Su ejército se componía de 17,000 rusos y 35,600 austriacos, formando un total de 52,600 hombres, de ellos 6 ó 7,000 jinetes. Dió su primer ataque cerca del Adda, en Casano, donde derrotó al general Moreau en un sangriento combate cuyas consecuencias fueron la retirada de los franceses hasta más allá del Tessino, la inmediata disolución de la República cisalpina y la explosión de una serie de sublevaciones contra los «libertadores» franceses.

Su segundo ataque fué dirigido contra el general Macdonald, que desde Nápoles acudía al auxilio del general Moreau. Alcanzóle, en 17 de junio, en Piacenza en el momento en que se disponía á pasar el Tidone y le derrotó primero en una serie de combates preliminares que duraron dos días y luego en el lecho del Trebbia, que casi no llevaba agua. Esta última derrota de los franceses (19 de junio) fué de tanta importancia, que Macdonald, después de perder casi la tercera parte de su ejército, tuvo que retirarse y desistir de ponerse en comunicacion con Moreau, que se encontraba en Génova. Antes de que Suwaroff pudiera dar el tercer ataque, aconteció en Nápoles una terrible catástrofe.

La suerte inevitable de la recién creada República partenopea (2) fué, desde un principio, la anarquía, en la cual tuvo tanta parte el sistema de rapiña y de saqueo de los «libertadores» como el espíritu levantisco de los lazzaroni de la ciudad y el odio fanático que tenían á los franceses los campesinos de los Abruzzos. El cardenal Fabricio Ruffo (3), prelado emprendedor y valiente en alto grado, había sido enviado, á fines de enero, por Fernando IV á Calabria con el carácter de vicario general del reino y *alter ego* del soberano

(1) Clausewitz, V, pág. 225. Véase la: *Historia de la guerra de Rusia con Francia durante el reinado de Pablo I, 1799*, de Danielewski y Miliutin. Traducida al alemán por Schmidt. Munich, 1856, cinco tomos.

(2) Sybel, V, pág. 330.

(3) *Fabricio Ruffo. Revolución y contrarrevolución de Nápoles; noviembre de 1798 y agosto de 1799*, del baron de Helfert. Viena, 1882. Véase además la obra de H. Huffer: *La República napolitana del año 1799*, en el *Almanaque histórico*. Sexta serie, III, 1884, páginas 281-388.

del país, para promover, desde aquella provincia, que era su patria, el levantamiento de los que se mantenían, en toda la comarca, fieles al trono y al altar. Los aldeanos de Calabria levantáronse en efecto y se agruparon en masa alrededor de la bandera del cardenal; la Apulia tomó también parte en el movimiento, y cuando Macdonald salió de la capital para dirigirse al encuentro de Suwaroff, pudo Ruffo marchar con todas sus fuerzas á Nápoles. Su ejército, cuya vanguardia se componía de valientes cazadores calabreses, se engrosó con 560 rusos y 84 turcos que cedió la escuadra ruso-turca que, después de la conquista de Corfú, se presentó en las aguas napolitanas. Calabreses, rusos y turcos fueron los que penetraron por asalto en el fuerte de San Telmo y en el castillo del Cármen, y se apoderaron (15-16 de junio) de la ciudad, mientras los lazzaroni se lanzaban como fieras sobre los republicanos. El día 19 de junio el cardenal firmó con el resto del ejército republicano, que conservaba todavía los castillos Nuevo y del Huevo, un tratado de capitulación por el cual se disponía (4): «Que los dichos castillos serían entregados con todas las municiones de boca y guerra á los realistas; que las guarniciones de ambas fortalezas saldrían de ellas con todos los honores de la guerra, con bandera desplegada, tambor batiente y con las mechas encendidas en las dos filas de cañones que se les permitían sacar de los fuertes, depositando luego las armas en el suelo; que á las guarniciones de los fuertes y á todas las personas que en estos se encontraran les sería permitido marchar libremente á Francia; que las guarniciones guardarían los fuertes hasta que los buques se encontraran dispuestos á hacerse á la vela con rumbo á Tolón; que las personas y los objetos que les pertenecieran y se encontraran en los dos fuertes serían respetados; que el arzobispo de Salerno, el mariscal Micheroux y el obispo de Avellino serían entregados en rehenes al comandante de San Telmo, quien los conservaría en su poder hasta que se hubiera terminado el embarque para Tolón; y que todos los demás rehenes y presos de Estado que se encontraran en los fuertes serían inmediatamente puestos en libertad.» Este tratado, perfectamente válido, concertado por el cardenal Ruffo como vicario general de su rey y firmado, además, por los generales turco y ruso y por el capitán inglés Foote, fué arbitrariamente anulado por Nelson, cuando se presentó el día 24 en Nápoles con su escuadra, sin poderes ni misión para ello, fundándose, como decía Hamilton, en que «los monarcas no trataban con sus súbditos rebeldes.» Cuando preguntó al cardenal si, en el caso de atacar el castillo, le auxiliara, contestó Ruffo: «No, ni con un hombre, ni con un cañón.» Entonces Nelson se decidió á reconocer, á lo menos aparentemente, lo sucedido y á hacer fracasar la ejecución del tratado. En aquella ocasión cometió una infamia que raras veces se ha atrevido á cometer la misma brutalidad inglesa.

En 26 de junio recibió Ruffo una carta de Hamilton que decía: «Mylord Nelson me encarga asegurar á Vuestra Eminencia que se ha decidido á no hacer nada que pueda perturbar el armisticio por Vuestra Eminencia concedido á los castillos de Nápoles (5).» Los capitanes Troubridge y Ball, portadores de este billete, aseguraron que el almirante no se opondría al embarque de los rebeldes y de las guarniciones de los dos castillos, y en proporcionarlo se ocuparían los dos capitanes después de haber tomado posesion con sus soldados de marina de los dos castillos, sin hacer caso del artículo que concedía la salida con los honores de la guerra. Nelson no consintió más que en el embarque, y para que este se efectuara fácilmente y sin obstáculo, le sirvieron perfectamente

(4) Helfert, pág. 323.

(5) Helfert, pág. 344.

el tratado y la creencia de que lo cumpliría; pero lejos de cumplir las demás disposiciones, las catorce embarcaciones cargadas de napolitanos y franceses no pudieron hacerse á la vela en direccion á Tolón sino que fueron detenidas por los cañones de la escuadra inglesa y tratadas como cárceles pobladas de criminales. De ellas fueron sacados, sucesiva y diariamente, por medio de artificios siempre nuevos, los jefes de la República partenopea, el ministro de la Guerra Manthoné, los generales Massa y Basset, los presidentes de las comisiones, etc., para ser sometidos á un consejo de guerra. La primera víctima de este procedimiento fué el anciano almirante napolitano Caracciolo, á quien el mismo Nelson sumariamente condenó á muerte é hizo ahorcar de la entena del palo de mesana de la fragata *Minerva*. A este siguió una larga serie de procesos; de suerte que de las 8,000 personas que poco á poco fueron encarceladas y acusadas, 99 fueron decapitadas, ahorcadas ó fusiladas; 222 condenadas á cárcel perpetua; 322 á prision temporal, y 355 á deportacion y destierro (1). Esta brutal venganza, después de violar, y lo que es más infame aun, de abusar de un tratado perfectamente válido, fué obra de Nelson, único que debe ser responsable de ella. El infeliz rey Fernando, al regresar á Nápoles, no hizo más que conformarse con los hechos consumados y tolerar que siguieran su curso los que se consumaban, sin sentir por ello pena alguna; respecto de su esposa, no se sabe á punto fijo si ordenó lo que hizo Nelson, pero es indudable que el odio que sentía hacia los franceses y los rebeldes no cedía al del almirante inglés en fanatismo, ni en sed de sangre, ni en menosprecio del derecho.

El Directorio reformado por el golpe de Estado del 30 prairial (18 de junio), haciendo un último esfuerzo convulsivo, dió nuevo impulso á la guerra en todas las fronteras de Francia. Al frente del ejército italiano se puso un general joven, Joubert, que soñaba con la gloria de salvar la obra de Bonaparte con toda la fortuna militar de este caudillo. Alejandría y Mantua habían caído ya (23 y 29 de julio); Suwaroff, con todo el ejército ruso-austriaco, marchaba en direccion á la Riviera para arrancar de allí las últimas raíces de la dominacion francesa, cuando de repente se vió, en 12 de agosto, atacado con furioso ímpetu en su ala derecha. El día 15 de agosto trabóse en Novi el combate decisivo entre los 35,000 franceses de Joubert y los 50,000 hombres de Suwaroff.

La victoria del general ruso fué completa; pero esta vez el triunfo se debió á los austriacos, al general Kray, que se sostuvo durante diez horas de lucha en las alturas de Novi, y al general Melas que, sin haber recibido orden alguna, cayó con sus nueve mil hombres sobre el flanco y la espalda de los fatigados franceses, decidiendo con ello la batalla (2).

Después de esta sangrienta lucha hubiera sido completamente desesperada la situacion de los franceses en Génova y en la Riviera, si Suwaroff hubiera proseguido la marcha que había interrumpido por la inesperada batalla de Novi. Pero no lo hizo así, porque prefirió no conquistar á Génova á conquistarla para el Austria, cuya política comenzaba entonces á traslucirse. En el momento de la victoria completa estalló entre los aliados una colision nacida del reparto del botín. Al día siguiente al de la batalla de Novi, es decir, el 16 de agosto, llegó al cuartel general de Suwaroff una orden del emperador Francisco en la cual se disponía el envío de un cuerpo de ejército de ocho á diez mil hombres, mandados por el general Fröhlich, para que pusiera término á la anarquía que en Toscana y Romagna reinaba y estableciera en estos territorios una administracion sobre la base

(1) Huffer, pág. 368.

(2) Sybel, V, págs. 423-431.

de la austriaca. Fácilmente se comprenderá que este era el principio de una incorporacion y en cierto modo de una conquista para el Austria. No lo quería así Suwaroff, que sabía que en este punto opinaba como él su soberano, el czar Pablo, el cual en un decreto de 1.º de febrero de 1799 había manifestado que el cambio operado por su advenimiento en el sistema político de Rusia consistía en la renuncia absoluta de todo engrandecimiento propio (3), renuncia que, en esa guerra, quiso que prometieran todos sus aliados. El objeto y fin de la guerra universal debía ser simplemente la restauracion de todo aquello que la Revolucion había destruido y la restitucion de cuanto había usurpado.

Así, pues, Suwaroff, en vez de dirigirse á Génova, permaneció en Novi, donde dió brillantes fiestas de recepcion en honor de los embajadores de los reyes de Cerdeña y Nápoles. En sus comunicaciones al emperador se lamentaba de la pérdida ingratitude de la corte de Viena que le hacia malograr sus victorias y que con su arbitraria intervencion en la direccion de la guerra le molestaba de tal suerte que pronto se vería obligado á refugiarse en una casa de campo, ó quizás en el sepulcro (4), mientras que en tanto tenía Moreau en Génova tiempo suficiente para aumentar las fortificaciones de la ciudad y restablecer el orden y la disciplina en sus extenuadas tropas. Suwaroff se vió libre de todo peligro por este lado cuando en 27 de agosto recibió la noticia oficial de una modificacion completa en el plan de guerra, modificacion segun la cual debía evacuar con todas sus tropas rusas la Italia y emprender inmediatamente, en lugar del archiduque Carlos, la lucha en Suiza contra Massena.

Desde el 22 de junio de 1799, á la guerra de Italia y de Suiza se había agregado el plan de un desembarque en Holanda, acerca del cual habíanse puesto de acuerdo, en el referido día, en San Petersburgo, el embajador de Inglaterra Withworth y los ministros rusos Kotschubey y Rostopschin. En virtud de este convenio, la escuadra inglesa debía tomar á su bordo, en Reval, un cuerpo ruso compuesto de 17,593 hombres que, en union de 8,000 ingleses, por lo menos, desembarcarían en las costas de Holanda (5) para hacer entrar en razon á los franceses y restablecer allí la soberanía de los Orange. La idea de acelerar esta empresa por medio de una diversion dió origen á la proposicion de llamar al archiduque Carlos desde Suiza al Bajo Rin; y la urgente peticion de Thugut de alejar á los rusos de Italia hizo nacer el ulterior plan de llevar á Suwaroff á Suiza (6). Si todo salía bien, la Francia podría ser invadida por tres lados distintos y se podría conseguir, con el auxilio de los realistas, la ruina de la República. No sabemos en qué día ni en qué forma oficial concertaron este plan general las cortes de San Petersburgo, Lóndres y Viena: lo único cierto es que no tuvieron en cuenta motivo alguno militar sino motivos puramente políticos. Cuando el archiduque Carlos recibió, por conducto del conde Dietrichstein, la sorprendente orden de que saliera inmediatamente de Suiza, y cuando el ministro plenipotenciario de Inglaterra en Suiza, Guillermo Wickham, le preguntó consternado sobre el particular, contestóle el archiduque que comprendía perfectamente lo peligrosa que bajo el punto de vista militar debía ser aquella marcha del ejército, pero que se le había expresamente manifestado que «la nueva misión de su ejército era resultado exclusivo de la conveniencia política» y que por lo tanto podría poner en peligro todos los planes políticos de su corte si no se de-

(3) Martens, II, pág. 358.

(4) Miliutin, III, págs. 68-69.

(5) Garden: *Histoire générale des traités de paix*, II, páginas 189-190.

(6) Miliutin, III, págs. 106-342.